

algo en que no podía ni siquiera pensarse. Para inducir al Presidente a que cambiara de actitud, si esto era posible, le expresé mis sentimientos en las siguientes cartas:

«Casa Blanca, Washington, marzo 15 de 1921.—Mi querido Gobernador:—He estado haciendo reflexiones sobre lo que dispusimos esta mañana con respecto a la situación mexicana y no procedo dejándome llevar del primer impulso al dirigir a usted esta carta, pues creo justificado ampliamente cuando en ella se contiene.—Estoy convencido de que deberíamos seguir hasta el fin el propósito anunciado por usted el viernes último y que cuenta con el apoyo del Congreso y del pueblo de los Estados Unidos, para que se capture a Villa.—Estimo que usted debería advertir al Congreso tan pronto como le fuera posible, sobre cuál es realmente la situación, a fin de obtener su apoyo y cooperación para cualquier medida que se haga necesaria con el objeto de alcanzar los fines que usted se propone.—Desandar los pasos que hemos dado ya hasta ahora, sería desastroso para nuestro partido y humillante para el país, aparte de que produciría efectos destructores para nuestra influencia en cuestiones internacionales y haría imposible para siempre el tratar de una manera efectiva los asuntos mexicanos.—Sin duda que el Congreso contestaría favorablemente la solicitud de facultades por parte de usted sin que para ello surgieran resistencias de ninguna clase.—Pídole perdones por escribirle respecto de este pensamiento que me agobia, pues si lo hago se debe al profundo interés que siento por todo lo que pueda afectar a usted y a su porvenir, y según confío también, por el bienestar mismo del país.—Yo no sería su amigo si no le dijera francamente lo que siento.—Firmado: Tumulty».

En junio 24 de 1916 escribí la siguiente carta:

«Casa Blanca, Washington. Mi querido Gobernador:—Las autoridades mexicanas convienen en que han aprehendido y encarcelado a varios soldados americanos.—El sentimiento del pueblo es que debería formularse una demanda para la inmediata liberación de esos soldados, y que dicha demanda debe ir concebida en términos enérgicos y bien meditados.—Solo la firmeza y la inquebrantable insistencia de nuestra parte podrá hacer que vuelvan a sus sentidos esos señores de México.—Si yo fuera Presidente en este momento o actuara como Secretario de Estado mi mensaje a Carranza diría: «Ponga en libertad a los soldados americanos, o aténgase a las consecuencias».—Esto produciría una resonancia mundial—Afectuosamente. Firmado: Tumulty».

Después de leer estas cartas, el Presidente me invitó para que lo visitara en su estudio a fin de que discutiéramos la situación mexicana.

Al sentarme frente a él, Mr. Wilson se volvió hacia mí y en forma muy seria me dijo:

«Tumulty, es usted irlandés y por lo mismo está lleno del espíritu de lucha que caracteriza a su raza; sé lo que usted siente respecto de este incidente de Columbus.

«Por supuesto, es trágico y aun profundamente lamentable desde todos los puntos de vista, pero soy yo en último análisis, y no el Gabinete ni usted, quien asuma toda la responsabilidad de cada paso que se tome. Yo tengo que dormir con mi conciencia tranquila, a pesar de que se me hará responsable de cada gota de sangre que llegue a derramarse en una empresa de intervención.

«Estoy considerando todas las fases de esta difícil situación y puedo manifestar a usted con toda franqueza, para que a su vez informe a los miembros del Gabinete a fin de que discutan el asunto con usted, que no habrá guerra contra México si yo puedo evitarla, sin importarme todo cuanto puedan clamar por ella eso caballeros que hablan desde allá.

«No es difícil para el Presidente declarar una guerra, y especialmente contra una nación débil e indefensa como México. En una República como la nuestra el hombre de tendencias belicosas es siempre el ídolo de las multitudes, y si me detuviera a pensar desde el punto de vista de mi suerte política y de su influencia sobre las próximas elecciones, inmediatamente emplearía esta oportunidad para invadir a México, porque ello significaría el triunfo de mi administración. Pero esto nunca ha ocupado mi pensamiento ni por un solo instante.

«Lo que me espanta y me detiene son las consecuencias de la guerra con sus lágrimas y sus tragedias. Soy originario de los Estados del Sur y conozco la guerra, pues he visto por mí mismo su obra destructora y su terrible ruina. Es muy fácil para mí, como Presidente, declarar la guerra, ya que no tengo que pelear, como tampoco pelearán esos caballeros que gritan tanto desde lugar seguro.

«El hijo del pobre labrador o el hijo de la pobre viuda que viva en modesto pueblo, o probablemente también el sostenedor de una numerosa familia, son los que tendrán que hacer la guerra y que morir en ella.

«Yo nunca acudiré a una guerra contra México hasta que no haya agotado todos los medios que se encuentren a mi alcance para ponerme fuera de este embrollo. El tiempo, que es el gran solucionador, estoy seguro que

vindicará esta política de humanidad y de tolerancia.

«Las gentes se olvidan de lo que está detrás de esta lucha que viene desarrollándose en México: es la antigua lucha del pueblo trabajador que trata de conquistar lo que es suyo, y aunque nosotros sólo vemos los incidentes superficiales, no debemos olvidarnos de la trágica realidad que se oculta en el fondo y que se levanta sobre todo este triste cuadro.

«Los hombres me critican y hablan como si los Estados Unidos sintieran miedo por México. Pobre México, con sus desdichados hombres, mujeres y niños que luchan por obtener una posición en su propia tierra y que hablan del valor de los Estados Unidos! Pero cuál es el verdadero valor! El valor es el respeto de sí mismo, el valor es la circunspección, el valor ataca sólo cuando hay derecho de atacar, el valor se detiene ante las pequeñas complicaciones y embrollos y espera una gran oportunidad para desenvainar la espada, que entonces resplandecerá como si llevara la luz del cielo en su hoja!»

Cuando el Presidente hablaba en estos términos, sus ojos se iluminaban y sus labios temblaban movidos por profunda emoción. Era la primera vez que descargaba el pesado fardo que llevaba a cuestas y que descubría sus verdaderos sentimientos hacia México.

Levantándose de su asiento se dirigió hacia la ventana de su estudio, hacia aquella misma ventana desde la cual Lincoln había presenciado el paisaje del Río Potomac y las montañas de Virginia en los días críticos de la guerra civil, cuando recibía malas noticias, sobre las derrotas sufridas por los Ejércitos del Norte. Continuando su conversación agregó:

«Tumulty, algún día el pueblo de los Estados Unidos sabrá por que vacilé para intervenir en México. Yo no puedo decírselo ahora, porque estamos en paz con una gran potencia cuya ponzoñosa propaganda es la responsable de las actuales y terribles condiciones por las que atraviesa la situación mexicana.

«Los propagandistas alemanes están en México fomentando las luchas y las divergencias entre nuestro país y los mexicanos. Alemania está ansiosa de mezclarnos en una guerra contra México, de suerte que nuestros pensamientos y nuestras energías se alejan de la gran guerra que está desarrollándose del otro lado del Océano.

«Alemania desea una oportunidad de librarse de toda interrupción que pudiera impedirle continuar la guerra submarina, y cree que una guerra contra México nos mantendría apartados de aquel problema, quedando